Ecos

Ayelén Mansilla

Capítulo 1

El mar ronronea apaciblemente debajo del firmamento agónico. El viento empuja las olas, pero no logra enredarlas en las costas, demasiado furioso como para enfocar su violencia y darle impulso.

Está sentada entre las rocas y los desechos tóxicos de una ciudad enferma, desnutrida. Ancla sus dedos pálidos y débiles entre la tierra. Sobre su regazo descansa una vieja hoja de papel arrugada, esa que guarda desde hace años entre pilas y pilas de libros ya consumidos. Dentro de esa hoja está enterrada una palabra que la atraganta todos los días, esa que no deja de morderle las costillas, el vientre. Es un verbo viejo, milenario… Rey y peón de sus propios exterminios bulímicos. Es un conjunto de letras que espera desde hace eones para poder salir, para poder significar algo más que bocales, sílabas o sonidos.

Cierra los ojos. El corazón le late irregularmente, casi como si no tuviera fuerzas para golpear una vez más. Huele el aire pesado, visceral; degusta en su tráquea la acidez de una tormenta inminente, indomable. Traga y retiene esa electricidad salvaje entre las paredes de sus pulmones, la enjaula y la domestica para después dejarla libre, desconcertada e incapacitada al volver a su hábitat natural.

El sol fallece con un último estertor infectado, contaminando el ambiente y la naturaleza con su ausencia. Mañana va a renacer, y el equilibrio va a volver a caminar con piernas firmes. Pero ahora... ahora la luna surge, implacable. Nace decadentemente, aspirando y consumiendo sin vergüenza la energía del sol. Ahora, la luna tuerce y desgarra el equilibrio, se desliza con la columna vertebral siseando entre sus manos descarnadas.

Dirige toda la fuerza de gravedad a sus muslos, a los gemelos. Se yergue hasta extender el cuerpo, hasta que las lágrimas vuelven a agolparse tras los párpados. Esa melancolía tan conocida vuelve a bostezar, despertando consigo a esa tristeza que es demasiado honda como para hacer algo más que estar ahí, en el fondo, respirando. Se dirige al mar con pasos inseguros y no se detiene hasta que alcanza el borde en donde "civilización" y "primitivo" dejan de tocarse y desaparecen en la sangre de nuestro planeta.

Está cansada, exhausta. Le pesan los hombros, le arden los ligamentos, cada uno de sus poros quema un poco. Se siente extinta, demasiado exiliada de lo que tendría que mantenerla a salvó, acá… *presente*. Cierra los ojos y niega con la cabeza lentamente, entumecida.

Sabe que puede pasarse la noche entera así, justo como está ahora: derrotada y desamparada como una bolsa de plástico a la merced de un

vendaval. Pero no le serviría de nada. *No cambiaría nada*. Así que cuadra la espalda y acumula toda la valentía que le queda; se agacha y agarra una piedra mediana. La envuelve con la hoja vieja y la palabra antigua, las hace una, como piel y carne. Extiende su brazo hasta tomar impulso y la arroja al agua fría y camaleónica con todas sus fuerzas.

Contempla como el planeta engulle su resolución. Contempla el principio de la lenta digestión que va a convertirse en el destino de su elección, de su decisión.

Se queda unos minutos observando como el agua inquieta lame y traga lo que acaba de ofrecerle. Piensa que tal vez, en el fondo, todos estamos muertos de hambre. Capaz que nunca nos damos cuenta de eso hasta que un día, de golpe, nos encontramos eso que tanto necesitando comer. Tal vez estamos destinados a padecer hambre toda nuestra vida, a no encontrar nunca el alimento justo.

O tal vez, sólo tal vez, podemos tener suerte si nos rendimos y seguimos nuestro instinto. Capaz que hasta calmamos nuestras necesidades y nos dejamos ser.

Se da la vuelta y se va. El aliento se le enrieda en las cuerdas vocales como niebla, tiene las pupilas nubladas, opacas. Mira a su alrededor y elige un camino que no conoce, se anima a perderse una vez más para intentar encontrarse. O encontrarse para volver a perderse.

Suspira.

Esa es una de las eternas luchas por pertenecer a la raza humana: no saber distinguir conceptos, mezclar los significados, malinterpretar los sentidos y sus simbolismos. Piensa que es ridículo llegar a creer que no estamos malditos, condenados... no hace falta más que quebrar un par de reglas para entender que nuestro inicio fue veneno, gasolina y ácido sobre líquido inflamable que nunca fue peligroso en primer lugar.

Se pierde entre árboles maltrechos que forman un sendero con aires de querer ser bosque. Entre las sombras, se funde contra las estrías de la noche, a través de sus arterias abusadas, desdibujadas.

Posa una mano sobre el pecho, ahí donde la multitud de un Imperio esquizofrénico empieza a aullar y clamar por otro sacrificio, un ritual para honrar al Titán de sus firmamentos, al cerebro que le da vida a lo que la compone. Les susurra mudamente brisas de paciencia, de templanza. El sacrificio que acaba de hacer *tiene* que bastar, tiene que ser suficiente. Al menos hasta que la luna llena vuelva a surgir y vea al mundo entero con su místico ojo ciego.

Existir tiene que ser suficiente, aun cuando ya perdió la cuenta de cuántos años lleva vagando, errando. Después de todo, esa es justamente la palabra que se está ahogando en las entrañas de la tierra: *existo*.